

MAXI
TUSQUETS
EDITORES



HARUKI MURAKAMI

La muerte
del comendador

Libro I

HARUKI MURAKAMI
LA MUERTE DEL COMENDADOR
Libro 1: Una idea hecha realidad

Traducción del japonés
de Fernando Cordobés y de Yoko Ogihara

M A X I
TUSQUETS
EDITORES

La muerte del comendador

Libro 1: Una idea hecha realidad

Prólogo	11
1. Si la superficie estaba empañada	15
2. Quizá todos vayan a la luna	31
3. No es más que un reflejo físico	57
4. De lejos, la mayor parte de las cosas se ven bonitas	72
5. Ya no respira, tiene las extremidades frías	91
6. De momento, solo es un cliente sin rostro	109
7. Un nombre fácil de recordar, para bien y para mal	118
8. Una bendición disfrazada	134
9. Intercambiar una parte de nosotros	145
10. Abriéndonos paso entre la verde hierba, alta y frondosa	161
11. La luna iluminaba bellamente todo cuanto había allí	176
12. Como aquel cartero anónimo	190
13. De momento, solo es una suposición	201
14. Pero es la primera vez que me encuentro con algo tan extraño	216
15. Esto no es más que el comienzo	229
16. Un día relativamente bueno	249

17. ¿Cómo se me podía haber pasado por alto algo tan importante?	263
18. La curiosidad no solo mata a los gatos	273
19. ¿Ves algo detrás de mí?	293
20. El momento en que lo que es real y lo que no lo es se confunden	313
21. Es pequeña, pero brota sangre cuando corta	325
22. La invitación aún sigue en pie	338
23. Todos ellos existen de verdad en este mundo . . .	350
24. Simplemente se dedicaba a recopilar información	374
25. La verdad, a veces, solo aporta una profunda soledad	388
26. No podía haber una composición mejor que esa	403
27. A pesar de que te acuerdas con tanto detalle de su aspecto	412
28. Franz Kafka amaba las cuestas	421
29. ¿Quiere decir que encargarle el retrato de Marie le parece antinatural?	432
30. Pero tal vez depende de cada caso	447
31. O tal vez demasiado perfecto	464
32. Su profesión fue siempre muy apreciada	475

1

Si la superficie estaba empañada

Desde el mes de mayo de aquel año hasta principios del año siguiente viví en una casa en lo alto de una montaña junto a un estrecho valle, en el que durante el verano llovía sin parar a pesar de que un poco más allá estuviera despejado. Esto se debía a que desde el mar, que se hallaba bastante próximo, soplaba una brisa del sudoeste cargada de humedad que entraba en el valle, ascendía por las laderas de las montañas y terminaba por precipitarse en forma de lluvia. La casa estaba justo en la linde de ese cambio meteorológico y a menudo se veía despejado por la parte de delante, mientras que por atrás amenazaban unos nubarrones negros. Al principio me resultaba de lo más extraño, pero me acostumbré enseguida y terminó por convertirse en algo normal.

Cuando arreciaba el viento, las nubes bajas y dispersas que había sobre las montañas flotaban como almas errantes que regresaran al presente desde tiempos remotos en busca de una memoria ya perdida. A veces caía una lluvia blanquecina como la nieve, que danzaba silenciosa a merced de las corrientes de aire. Casi siempre soplaba el viento y el calor del verano se soportaba sin necesidad de encender el aire acondicionado.

La casa, pequeña y vieja, tenía un extenso jardín. Si lo descuidaba durante un tiempo, las malas hierbas lo

invadían todo y alcanzaban una altura considerable. Una familia de gatos aprovechaba entonces para instalarse allí entre las plantas, pero en cuanto aparecía el jardinero y quitaba la maleza, se esfumaban. Era una hembra de pelo rayado con tres gatitos. Tenía una mirada severa y estaba tan flaca que daba la impresión de que sobrevivir era el único esfuerzo del que era capaz.

La casa estaba construida en lo alto de la montaña, y desde la terraza orientada al sudoeste se atisbaba el mar a lo lejos entre los árboles. La porción de mar que se podía ver no era muy grande, parecía la cantidad de agua que cabría en un balde: un trozo diminuto del inmenso océano Pacífico. Un conocido que trabajaba en una agencia inmobiliaria me había dicho que el valor de las casas variaba mucho en función de si se veía el mar o no, aunque solo se tratase de una porción minúscula. A mí me resultaba indiferente. Desde aquella distancia, tan solo parecía un trozo de plomo de color apagado. No entendía el porqué de tanto afán por ver el mar. Yo prefería contemplar las montañas. Según la estación del año, y la meteorología, su aspecto variaba por completo y nunca me aburría. De hecho, me alegraban el corazón.

Por aquel entonces, mi mujer y yo habíamos suspendido temporalmente nuestra vida en común. Incluso llegamos a firmar los papeles del divorcio, pero después sucedieron muchas cosas y al final decidimos darnos otra oportunidad.

Resulta complicado entender una situación así en todos sus detalles. Y ni siquiera nosotros somos capaces de discernir las causas y las consecuencias de los hechos

que vivimos, pero si tuviera que resumirlo de algún modo, diría con palabras corrientes que después de un «ahí te quedas», volvimos al punto de partida.

Entre ese antes y ese después de mi vida matrimonial viví un lapso de nueve meses, que siempre me pareció como un canal abierto en un istmo.

Nueve meses. No sabría decir si ese periodo de tiempo me resultó largo o corto. Si miro atrás, la separación me resulta infinita y, al mismo tiempo, tengo la sensación de que transcurrió en un abrir y cerrar de ojos. La impresión cambia de un día para otro. A veces, cuando se quiere dar una idea aproximada del tamaño real de determinado objeto en una fotografía, se pone al lado del objeto una cajetilla de tabaco como referencia. En mi caso, la cajetilla de tabaco que debería servir como punto de referencia en la serie de imágenes que conservo en la memoria aumenta o disminuye de tamaño en función de mi estado de ánimo. De la misma manera que dentro de mis recuerdos cambian las circunstancias y los acontecimientos sin cesar, también la vara de medir, que debería ser fija e invariable, está en constante transformación, como para llevar la contraria.

Eso no quiere decir que todo, absolutamente todo lo que ha ocurrido en mi vida, se transforme y cambie de una manera disparatada. Hasta ese momento, mi vida había transcurrido de una manera apacible, coherente, razonable. Solo durante esos nueve meses viví en un estado de confusión que no logro explicarme. Fue una época anormal, excepcional. Me sentía como un bañista que está disfrutando de un mar en calma y de pronto es arrastrado por la fuerza de un remolino.

Cuando pienso en lo ocurrido (escribo al dictado de

los recuerdos), a menudo todo se vuelve incierto; pierdo de vista la importancia real de las cosas, la perspectiva, la relación entre ellas. Y eso se debe seguramente a que al alejar un poco la mirada de lo que sucedió cambia el orden lógico. No obstante, voy a esforzarme para poder contar todo de una manera lógica y sistemática dentro de mis posibilidades. Tal vez resulte un esfuerzo vano, pero intentaré agarrarme a algún tipo de regla establecida por mí mismo, como el nadador agotado en mitad del mar que se sujeta a un providencial trozo de madera.

Lo primero que hice después de trasladarme a aquella casa fue comprarme un coche barato de segunda mano. El anterior lo habían desguazado de puro viejo y no me quedó más remedio que comprar otro. Para alguien que vive en una ciudad de provincias y, más aún, en un lugar apartado de las montañas, el coche resulta imprescindible para la vida diaria. Fui a un centro de vehículos de ocasión de Toyota en las afueras de la ciudad de Odawara. Tenían un Corolla ranchera que se ajustaba a mis necesidades a un precio razonable. El vendedor aseguraba que era de color azul pastel, pero a mí me recordaba a ese color pálido que tiene la piel de una persona enferma. Solo había rodado treinta y seis mil kilómetros, pero le habían aplicado un descuento considerable porque había sufrido un accidente. Lo probé y no pareció dar problemas, ni con los frenos ni con la suspensión. No tenía intención de conducir por autopista, de manera que me pareció adecuado.

El dueño de la casa se llamaba Masahiko Amada. Fuimos compañeros en la Facultad de Bellas Artes. Aunque dos años mayor que yo, era uno de los pocos amigos de verdad de aquella época con quien seguía viéndome de vez en cuando. Al terminar sus estudios, renunció a hacer carrera como pintor y empezó a trabajar como diseñador gráfico en una agencia de publicidad. Nada más enterarse de mi separación, y de que no tenía adónde ir, me propuso quedarme en la casa vacía de su padre y así hacerme cargo de ella. Su padre, Tomohiko Amada, era un famoso pintor de estilo japonés y desde siempre había tenido su estudio en las montañas a las afueras de Odawara. Se instaló allí definitivamente tras la muerte de su mujer, y vivió solo y desconectado del mundo durante diez años. No hacía mucho le habían diagnosticado demencia senil y la enfermedad avanzaba de forma implacable. Decidieron ingresarle entonces en una residencia en la altiplanicie de Izu, y por eso la casa estaba vacía.

—Es una casa solitaria en plena montaña —me explicó Masahiko—, y no puedo decir que sea un lugar cómodo, pero te garantizo que es tranquila y silenciosa. Un ambiente ideal para pintar. Nada te distraerá, desde luego.

El precio del alquiler era más bien simbólico.

—Si no la habita nadie, terminará por echarse a perder y me preocupan los ladrones o un posible incendio. Si te quedas allí, estaré mucho más tranquilo, pero ten en cuenta que quizás, en función de cómo evolucionen las cosas, dentro de un tiempo debas marcharte.

No tenía ninguna objeción. Mis pertenencias cabían en el maletero de un coche pequeño y podía mudarme al día siguiente.

Me instalé tras el largo puente festivo de principios del mes de mayo. Era una casa de estilo occidental de una sola planta, lo que se suele llamar un *cottage*, lo bastante amplia para una sola persona. Estaba en lo alto de una montaña rodeada de bosques. Ni siquiera el propio Masahiko conocía bien los límites de la propiedad. El jardín lo presidía un gran pino que extendía sus gruesas ramas por los cuatro costados. Aquí y allá había piedras decorativas, y junto a un gran *tooroo*, una de esas linternas de piedra, crecía un banano majestuoso.

Como me había advertido Masahiko, se trataba, sin duda, de un lugar tranquilo, pero visto con perspectiva, no puedo afirmar que estuviera libre de distracciones.

Durante los casi nueve meses que viví en aquel valle tras mi separación, mantuve relaciones sexuales con dos mujeres. Las dos estaban casadas. Una era mayor que yo, y la otra, menor. Las dos eran alumnas de mi clase de pintura.

Aproveché la situación para proponerles algún plan, y ellas no rechazaron mi invitación. (En condiciones normales, un tímido como yo nunca se habría atrevido a hacer algo así.) No llego a entender la razón, pero invitarlas a mi cama me resultaba sencillo y, hasta cierto punto, lógico. En cuanto al hecho de que fueran alumnas mías, no me suponía ningún conflicto. Mantener relaciones sexuales con ellas me parecía algo tan natural como preguntarle la hora a una persona por la calle.

La primera con quien mantuve relaciones era una mujer cerca de la treintena, alta, con unos ojos negros muy grandes. Tenía poco pecho y las caderas estrechas; la frente amplia, un pelo liso muy bonito y unas orejas un poco grandes en relación con el conjunto del rostro. No diría que era guapa, pero su cara resultaba peculiar, interesante, y a cualquier pintor le despertaría las ganas de dibujarla. (Yo mismo, de hecho, dibujé algún boceto suyo en alguna ocasión.) No tenía hijos. Su marido, que trabajaba como profesor de historia en un instituto privado, le pegaba. Como no podía recurrir a la violencia en el instituto, liberaba sus frustraciones con su mujer, aunque se cuidaba muy mucho de golpearle la cara. Cuando la desnudé por primera vez, su cuerpo estaba lleno de golpes y moratones. No le gustaba que la mirase, y cuando hacíamos el amor, la habitación tenía que estar completamente a oscuras.

Ella no mostraba interés por el sexo. A sus órganos sexuales les faltaba lubricidad y cuando la penetraba se quejaba de dolor. Por mucho tiempo que dedicase a los preliminares, por mucho gel que usásemos, el resultado dejaba mucho que desear. Se quejaba de un dolor intenso del que tardaba mucho en recuperarse. A veces, incluso gritaba.

A pesar de todo, ella quería acostarse conmigo. Como mínimo no se negaba. ¿Por qué? Tal vez buscaba el dolor, la ausencia de placer. Quizá quería castigarse de alguna manera. Las personas perseguimos todo tipo de cosas en la vida. Ella, sin embargo, solo perseguía una: intimididad.

No quería venir a mi casa ni que yo fuera a la suya. Íbamos en mi coche hasta uno de esos hoteles de citas,

en una playa un poco apartada, y allí hacíamos el amor. Nos citábamos en el aparcamiento de algún restaurante, subía a mi coche, entrábamos en la habitación pasada la una del mediodía y salíamos antes de las tres. Siempre se presentaba con unas enormes gafas de sol. Daba igual si estaba nublado o llovía. Un día no se presentó en el lugar donde solíamos quedar. También dejó de asistir a mis clases, y ese fue el final de nuestra breve y desapasionada relación. Si no me equivoco, no nos acostamos en total más de cuatro o cinco veces.

La otra mujer con quien mantuve relaciones llevaba una vida familiar apacible. Al menos, daba esa impresión. No parecía sufrir estrecheces de ningún tipo, y tenía cuarenta y un años (o eso creo), es decir, cinco años más que yo. Era de estatura pequeña, tenía unas facciones perfectas y vestía con mucho estilo. Tenía el vientre perfectamente plano, gracias, según ella, a que hacía yoga cada dos días. Conducía un Mini de color rojo, un automóvil recién estrenado que resplandecía en los días soleados. Sus dos hijas estudiaban en un instituto privado en Shonan, en la costa, donde ella también había estudiado. Su marido tenía una empresa, pero nunca llegué a preguntarle de qué (lo cierto es que no sentía el menor interés por saberlo).

Desconozco la razón por la que no rechazó de entrada una proposición tan descarada como la mía. Quizás yo desprendía entonces algún tipo de magnetismo y ella no pudo resistirse, como si su alma (por decirlo de alguna manera) fuera un trozo de hierro atraído por

un imán. También puede ser que no tuviera nada que ver con el magnetismo ni con el alma y que ella, simplemente, buscara un estímulo sexual fuera de casa. Y yo, por casualidad, andaba cerca.

Fuera como fuese, en aquella época yo podía ofrecerle lo que quería con naturalidad. Desde el principio, ella pareció disfrutar sinceramente de nuestra relación. En el terreno físico (aparte de eso hay poco que contar), la relación no podía ser más armoniosa. Nos entregábamos al acto de hacer el amor con toda honestidad, con una pureza que casi rozaba lo abstracto, y al darme cuenta de ello, me sorprendí mucho.

Sin embargo, en determinado momento ella debió de volver en sí. Una mañana de luz opaca de principios de invierno me llamó a casa y, como si estuviera leyendo un texto escrito que tenía delante, me dijo: «Es mejor que dejemos de vernos a partir de ahora. No tenemos futuro». O algo por el estilo.

Estaba en lo cierto. No teníamos futuro ni lazo alguno que nos uniera.

Cuando yo iba a la universidad, la mayor parte del tiempo lo dedicaba a la pintura abstracta. Digo abstracta para simplificar, pues el campo que abarca es muy amplio, y yo mismo no sabría cómo explicar todas sus formas y contenidos. En cualquier caso, se trata de pintura no figurativa, no concreta, libre, sin restricciones. Gané algún premio menor en un par de exposiciones y publicaron alguno de mis trabajos en revistas de arte. Algunos profesores y compañeros me animaban porque valoraban mucho mi trabajo. Aunque mi

futuro como pintor no fuera especialmente prometedo, creo que tenía cierto talento. Sin embargo, para la pintura al óleo necesitaba, la mayoría de las veces, lienzos de tamaño muy grande y gran cantidad de pintura, y eso, lógicamente, los encarecía mucho. Y no hace falta decir que las posibilidades de que apareciera un alma caritativa dispuesta a invertir su dinero en un cuadro de grandes dimensiones de un pintor desconocido y de colgarlo en su casa eran casi nulas.

Como no podía ganarme la vida dedicándome a pintar lo que me gustaba, nada más terminar la universidad empecé a hacer retratos por encargo. Comencé a retratar, digamos, a quienes se podría considerar los «pilares de la sociedad»: empresarios, presidentes de corporaciones, miembros destacados de instituciones académicas, miembros del Parlamento y personalidades de distintas provincias (a pesar de que el grosor de esos «pilares» variaba considerablemente). Ese tipo de cuadros exigía un estilo realista, denso, sereno. Su destino era colgar en las paredes de despachos, de salas de juntas o de visita. Es decir, mi trabajo como retratista se oponía por completo a mi vocación como pintor. Y aunque añadiera que lo hacía contra mi voluntad, no podría decirse que me sintiese orgulloso artísticamente.

Los encargos me llegaban a través de una pequeña empresa del distrito de Yotsuya, en Tokio, en la que empecé a trabajar con una especie de contrato de exclusividad gracias a la recomendación de un profesor de la facultad. No pagaban un sueldo fijo, pero con varios encargos al mes ganaba lo suficiente para mantener mi vida de soltero. Vivía modestamente. Tenía alquilado un pequeño apartamento cerca de la línea de

cercanías Seibu Kokubunji, a las afueras de la ciudad. Cuando podía, hacía tres comidas al día, compraba un vino barato de vez en cuando y alguna vez iba al cine con amigas. Viví de esa manera durante varios años. Cuando ganaba un poco de dinero extra, compatibilizaba mi oficio de retratista con mi vocación de pintor. Los retratos solo eran un trabajo alimenticio. No tenía intención alguna de dedicarme a ello de por vida.

Desde un punto de vista estrictamente práctico, la de retratista era una profesión sencilla. Mientras estudiaba, había trabajado por horas en una empresa de mudanzas y también en una de esas tiendas abiertas las veinticuatro horas. Comparado con eso, pintar retratos resultaba mucho más llevadero, tanto física como mentalmente. Una vez aprendidos los trucos del oficio, no tenía más que repetir el proceso. Con el tiempo, acabar un retrato no me llevaba muchas horas. Supongo que debe de parecerse a lo que hace un piloto una vez que conecta el piloto automático.

Sin embargo, cuando llevaba un año más o menos dedicándome a pintar retratos, me enteré de que mi trabajo se cotizaba mucho, cosa que no me esperaba en absoluto. Por lo visto, los clientes quedaban muy satisfechos con el resultado. De no haber sido así, lógicamente habría recibido cada vez menos encargos o incluso habría dejado de pintar retratos, pero las cosas iban bien y empezaba a tener una reputación, a ganar cada vez más dinero. El del retrato era un mundo serio y, a pesar de no ser más que un novato por entonces, recibía un encargo tras otro. Mis retribuciones también mejoraron de manera considerable. El responsable de la empresa con quien mantenía contacto estaba impre-

sionado con mi trabajo. Muchos clientes consideraban que en mis retratos había algo especial.

Sinceramente, yo no entendía la causa de tanta admiración. Tan solo me dedicaba a despachar un trabajo detrás de otro sin poner en ello un especial entusiasmo. A decir verdad, ya no recuerdo a nadie en concreto de todos a cuantos retraté. Sin embargo, aspiraba a convertirme en un pintor de verdad, y cuando cogía los pinceles y me enfrentaba al lienzo, no podía desentenderme del todo por mucho que se tratase de un tipo de pintura que no iba conmigo. Haber actuado así habría sido lo mismo que despreciar mi talento, menospreciar una profesión que admiraba. Siempre me había cuidado mucho de no pintar nada de lo que pudiera avergonzarme, sin que eso signifique que me sintiera orgulloso de todo cuanto hacía. Quizá pueda considerarse una especie de ética profesional, aunque en realidad no me quedaba más remedio que actuar así.

A la hora de pintar retratos, siempre trabajé como quise, de principio a fin. Para empezar, nunca usé al retratado como modelo. Recibía el encargo y lo primero que hacía era mantener una entrevista personal con el cliente. Le pedía una hora de su tiempo para entablar una conversación cara a cara. Solo hablábamos. Ni siquiera llevaba un cuaderno para bosquejar. Le preguntaba muchas cosas, por ejemplo, la fecha y el lugar de nacimiento, cómo era su familia, cómo había transcurrido su infancia; preguntaba sobre el colegio, sobre su profesión, su vida familiar y, por último, cómo había alcanzado el estatus del que disfrutaba en la actualidad. Ha-

blábamos también de su vida cotidiana, de sus aficiones. La mayor parte de la gente hablaba de buena gana de sí misma. En muchos casos, con verdadero entusiasmo (a lo mejor no había tantas personas dispuestas a escuchar sus historias). Muchas veces las entrevistas programadas de una hora se alargaban dos o tres, y, al final, les pedía cinco o seis fotos que les gustasen, fotos normales de su vida diaria. A veces, no siempre, usaba una pequeña cámara para tomar fotos yo mismo de distintos ángulos de su cara. Nada más.

Al terminar la entrevista, muchos de ellos ponían gesto de preocupación y me preguntaban:

—¿No hace falta posar?

Si iban a hacerse un retrato, asumían que no les quedaba más remedio que posar. Y se acordaban de esa escena, que habían visto tantas veces en el cine, en la que se veía al pintor (seguramente ya sin boina) concentrado delante del lienzo y con los pinceles en la mano, y al modelo posando detrás con gesto envarado y sin moverse.

—Y a usted, ¿le gustaría posar? —les preguntaba yo—. Hacer de modelo es muy duro para quien no tiene costumbre. Debe mantener una postura determinada durante mucho tiempo y al final la espalda acaba resintiéndose; pero si eso es lo que usted quiere, por mi parte no hay problema.

El noventa y nueve por ciento de los clientes preferían no hacerlo. La mayoría eran personas ocupadas o ya retiradas y, en general, preferían ahorrarse la penitencia.

—A mí me basta con conocerle en persona y hablar con usted —les decía para tranquilizarles—. Aunque

pose como modelo, no va a haber ninguna diferencia en el resultado final de la obra. Y si no le satisface, empezaré de nuevo.

Dos semanas después de la entrevista, el retrato estaba terminado, si bien el secado completo de la pintura podía llevar algunos meses. Más que tener a la persona real frente a mí, lo que necesitaba eran sus recuerdos. De hecho, la presencia física del retratado podía convertirse en una molestia durante el proceso creativo. Necesitaba recordar al retratado de forma tridimensional, y entonces solo necesitaba trasladar mis recuerdos al lienzo. Poseo cierto talento para la memoria visual, que podría considerarse también como una habilidad especial, y eso ha terminado por convertirse en una herramienta eficaz como retratista.

Para mí era importante sentir cierta simpatía por los clientes, aunque fuera muy poca. Durante las entrevistas, me esforzaba en descubrir elementos que pudiesen despertar esa simpatía. Obviamente, había casos en los que no lo lograba. Se trataba de personas con las que si hubiera tenido que tratar durante toda mi vida, me hubiera echado para atrás. Pero, al final, como sólo me relacionaba con ellas durante una hora y en un sitio determinado, no me resultaba tan difícil descubrir una o dos cualidades agradables en cada cliente. Se tratase de quien se tratase, si me asomaba hasta el fondo, siempre descubría dentro de cada persona algo que brillaba con luz propia. Mi trabajo consistía en descubrirlo, y si la superficie estaba empañada (quizá la mayoría de las veces era así), la limpiaba con una tela. Y debía hacerlo de esa manera para que ese sentimiento acabara reflejado de algún modo en la obra.

Fue así, sin saber cuándo exactamente, como terminé por convertirme en un retratista. Empecé a darme a conocer en ese mundo tan limitado, tan especial. Cuando me casé, decidí poner punto final a mi contrato de exclusividad con la empresa de Yotsuya y, gracias a la mediación de una agencia especializada en el negocio de la pintura, empecé a tener ofertas para pintar retratos en unas condiciones más ventajosas. El encargado de la agencia era un hombre diez años mayor que yo, muy capaz y competente, y fue él quien me aconsejó establecerme por mi cuenta, valorar más mi trabajo. A partir de entonces, pinté muchos retratos (la mayoría de las personas pertenecían a círculos financieros y políticos, gente muy conocida de la que yo nunca había oído hablar) y empecé a tener unos buenos ingresos. Eso no significaba que me hubiera convertido de la noche a la mañana en un maestro del retrato. El mundo del retrato no tiene nada que ver con el de la pintura artística. Tampoco es como el de los fotógrafos. En muchos casos, un fotógrafo especializado en retratos termina por ganarse una reputación y se hace famoso, pero en el caso de un pintor de retratos no sucede nada parecido. Tampoco es habitual que sus obras circulen por el mundo. No aparecen en revistas especializadas de arte ni se exponen en galerías. Normalmente, se cuelgan en salas de reunión y con el tiempo terminan por acumular polvo en algún almacén. Incluso en el extraño caso de que alguien mire con atención uno de esos retratos (por puro aburrimiento quizá), no creo que llegue a interesarse nunca por el nombre del pintor.

A veces me sentía como una prostituta de lujo en el mundo de la pintura. Me servía de mi técnica y despachaba el trabajo con toda honestidad. Al hacerlo, daba satisfacción a mis clientes. Ese era mi talento. Era un profesional, pero eso no quería decir que actuase como una simple máquina. A mi manera, plasmaba mis sentimientos sobre el lienzo.

Los retratos tenían un precio elevado, pero los clientes lo aceptaban sin discutir. Eran personas a las que no les preocupaba el dinero y mi reputación corría de boca en boca, por lo que no dejaban de llegarme encargos. Tenía la agenda completa, pero dentro de mí ya no encontraba ni siquiera un ápice de motivación.

No me había convertido en retratista por decisión propia, porque yo quisiera. No soy ese tipo de persona. Tan solo me había dejado llevar por las circunstancias, y sin saber en qué momento sucedió, me di cuenta de que ya no pintaba para mí. Casarme y verme en la obligación de asumir una vida estable fue una de las razones, pero no la única. En realidad, ya antes de casarme había perdido las ganas de pintar para mí. Tal vez utilizaba la vida matrimonial como pretexto. Había alcanzado esa edad en la que ya no era joven y algo se perdía irremediabilmente en mí, como si un fuego en mi pecho se extinguiera poco a poco, y me olvidara del calor que me había proporcionado.

Supongo que en algún momento tendría que haber reaccionado, haber tomado alguna medida, pero siempre lo dejaba para más adelante; y la que puso fin antes que yo fue mi mujer. Yo tenía treinta y seis años.